

Capítulo XCII.

Un antiguo personaje que llega muy á tiempo.

Era una noche del mes de Enero del año 1505. Lope había ido por la tarde á la hostería del Renegado á encargarse una abundante cena para veinte personas.

Poco antes que él habían entrado en dicha hostería, para hospedarse en ella, un hombre acompañando á dos señoras.

Una de las dos llegaba enferma, al parecer de bastante gravedad, y el viajero había pedido dos habitaciones contiguas: una para la enferma y una joven que le acompañaba, y otra para él.

—Sirvenos bien,—había dicho al renegado,—y pidenos cuanto quieras.

Como una muestra de su munificencia, al pronunciar estas palabras le entregó una bolsa, que contenía cincuenta castellanos.

El hostelero se entusiasmó, y envió á uno de sus mancebos á buscar un médico.

Cuando Lope le habló de la cena:

—Sólo con una condicion consentiré daros de cenar.

—¿Es sin duda la de que no nos quejemos si nos dais gato por liebre?

—Nada de eso: si venís á mi hostería es por que tengo fama de guisar bien y cobrar con honradez.

—¿Pues cuál es? Habla.

—Has de saber que tengo huéspedes de mucho rumbo.

—¿Y qué nos importa?

—Es que entre ellos hay una dama enferma.

—No veo ningun motivo en eso para que no nos des de cenar.

—Si me prometeis sólo cenar, no tengo inconveniente en admitiros; pero si bebeis mucho y os embriagais, disputareis, habrá escándalo, y esto es lo que quiero evitar.

—La gente que vá á venir conmigo tiene interés en hablar quedo.

—En ese caso, os pondré la mesa en una sala baja, y os serviré poco vino.

Quedaron convenidos, y al anochecer empezaron á llegar los hombres á quienes había convidado Lope.

Cerca de la puerta de la hostería había dos perso-

nas, en las que, gracias á la oscuridad de la noche, no repararon los que entraron.

Eran dos caballeros, que hablaban de este modo:

—Os ruego que no me ocultéis la verdad, —decía el uno al otro. —¿Cómo habeis encontrado á la enferma?

—¿Sois su esposo?

—¡No os importa; contestadme la verdad.

—Para ser sincero, necesito que respondais antes á mis preguntas.

—No tengo ningun parentesco con esa dama.

—Pues bien: en ese caso puedo hablaros con franqueza.

—Es lo que más deseo.

—La enfermedad que tiene es muy grave.

—¿No creéis hallar remedio á sus dolencias?

—La ciencia no puede nada; la Providencia lo puede todo.

—Bien está: volved mañana muy temprano, y apurad todos los recursos.

—Ese medicamento que he recetado podrá sostenerla algun tiempo. Adios.

—Adios.

El que con tanto interés habia consultado al Galeo iba á entrar en la hostería, cuando vió acercarse á la puerta de la misma cinco ó seis hombres, y recordando que habian entrado otros muchos antes, se despertó su curiosidad.

Dejóles pasar y entró tras ellos:

Pero en vez de subir á su habitacion, se detuvo en

la escalera, que estaba muy oscura, y vió entrar en la sala baja á otra porcion de hombres, que parecian marineros y gente del pueblo.

Acordándose de la enferma entró en el cuarto en donde estaba.

La jóven que cuidaba de ella le preguntó con la mirada que le habia dicho el médico.

La expresion del rostro del desconocido entristeció á la jóven.

La enferma, con débil voz, llamó á las dos personas que estaban á su lado.

—Siento que mi vida se acaba, —les dijo, —y no puedo morir sin que nos venguen. Buscad...

—Tranquilizaos, —contestó el caballero, —y reparad las fuerzas que os faltan. Descansad un momento, y cumpliré vuestra voluntad.

—Id, id por Dios, —añadió la enferma; —buscadle...

—Yo tambien os lo ruego, —añadió la jóven.

El caballero salió de la estancia, bajó las escaleras y se detuvo á conferenciar con el hostelero.

En aquellos momentos llegaron á sus oidos algunas frases de las que, excitados por el vino, pronunciaban los comensales del escudero de Soria.

¿Qué habia pasado en la cena?

Lope, obedeciendo á las instrucciones que habia recibido, habia hecho á los marineros que refriesen sus desventuras.

No hay para un marinero ó un militar, despues de haber sufrido un naufragio ó de habersalido victorio

so de una batalla, una conversacion más grata que la de sus padecimientos ó sus hazañas.

Todos se animaron, y exageraron sus infortunios.

—Pues yo creo,—les dijo Lope,—que con otro jefe no habríais sufrido tanto. Y no es esto que yo hable mal de Colon, Dios me libre; pero es un visionario, un loco, y lo que me extraña es que no os haya obligado á bajar al fondo del mar para hallar el oro que tanto busca.

—Oro ya hemos hallado,—dijo uno.

—Pero hace poco me habeis dicho que para conseguir una mezquina cantidad de ese metal habeis perdido mucha gente, habeis tenido que luchar con los indios, y habeis venido con las manos vacías, porque lo poco que habeis recogido ha sido encesario entregarlo á los reyes para que creyesen que aquello es una mina inagotable.

—Tiene razon, tiene razon,—dijeron muchos.

—Lástima me dá,—añadió Lope,—veros despues de un viaje de tres años del mismo modo que salisteis, sin haber podido mejorar la condicion de vuestras familias, que se hallan poco ménos que en la miseria.

—Es verdad, es verdad.

—Condolido de vosotros, porque aunque pobre tengo buen corazon,—añadió el escudero,—he hablado á mi señor de vuestros infortunios. Debo advertiros que mi señor es un hombre muy rico, y tiene gran influencia en los negocios de las Indias. Se ha empeñado en creer que Colon es un visionario, y vá á salirse con la suya.

—Lo que es eso...—dijeron algunos, recordando el prestigio que ejercia sobre ellos el almirante.

—Aquí hablamos como en familia... Pues, como iba diciendo, condolido de vuestras desgracias he hablado á mi señor, y él os daría de buena gana doble de lo que no os dará nunca, pero de lo que os debe el almirante, si quisiérais hacerme un ligero favor, que redundaría en beneficio de la pátria.

—¿Cuál?... Habla.

—Vosotros que habeis estado en las Indias, sabeis lo que allí se padece.

—Es cierto.

—Pues bien: ¿no es lástima que haya muchas personas que deseen ir á hacer fortuna, cuando verdaderamente lo que allí encuentran todos es la muerte? ¿No sería mejor, exagerando un poco los sinsabores que por allá sufren, elevar á manos de los reyes, sin que nadie lo supiera más que mi amo, una exposicion firmada por todos vosotros, demostrando que en último viaje nada habeis hecho de provecho, que habeis sufrido mucho, y que aunque hay oro en Veragoa, sería preciso para rescatarlo del poder de aquellos indios emplear más sangre de lo que vale toda la isla?

Los marineros miraron con sorpresa á Lope.

—Eso no es verdad,—exclamó uno.

—Allí hay mucho oro.

—Y eso de declarar que no podemos con los indios...

—No decia tanto,—añadió Lope.—¿Quereis que os hable con más franqueza?

—Sí, sí.

—Pues bien: el almirante está en desgracia. Los reyes quieren deshacerse de él á toda costa, y han empezado por no atender á sus reclamaciones. Si hacéis lo que os aconsejo, cobraremos duplicados vuestros salarios, y con la protección de mi amo hallareis buen empleo, y no perderéis el tiempo pidiendo al almirante lo que no os puede dar, lo que no os dará nunca.

Apenas pronunció estas palabras, se abrió la puerta de la sala, y un hombre que entró en ella:

—Mientes como un villano,—dijo.

Todos volvieron la vista hácia el recién llegado, y Lope, enfurecido, echó mano á la espada.

—El almirante,—prosiguió el desconocido,—ha sabido que estábais reunidos aquí, y me ha enviado á pagaros lo que os debe.

—¡Viva el almirante!—exclamó uno de los marineros.

—¡Viva!—dijeron todos.

Lope vió perdido el juego y se limitó á decir:

—Si no es una baladronada, págalos en el acto.

—Sí que los pagaré. Vos presenciareis el acto... Y aun haré más por vos: os permitiré que os alejéis para evitaros el justo castigo que merece vuestra infamia, y que de seguro os darían estos hombres si yo no lo evitase.

Y diciendo esto, se acercó á la mesa y dejó caer sobre ella una porción de monedas de plata.

—Que pida cada cual lo que se le debe.

Los marineros se miraron unos á otros asombrados

Lope no aguardó á presenciar la operación.

Aprovechando un momento en que todos estaban distraídos, se escabulló, y cuando después de quedar todos satisfechos fueron á buscarle:

—Es inútil,—les dijo el desconocido.—Ese hombre no volverá.

Los marineros se dispusieron á partir para ir á dar las gracias al almirante.

Mientras el desconocido les rogaba que renunciásemos á aquella muestra de gratitud, penetraron en la sala dos hombres embozados, que habían oído sin ser vistos aquella escena.

Cuando partieron los marineros, uno de los embozados se acercó al pagador y le dijo:

—En nombre de mi padre don Cristóbal Colon, os doy las gracias por lo que habeis hecho, y os ofrezco mi vida; pero me permitireis que os exija vuestro nombre.

—No he hecho más que pagar una deuda,—dijo el desconocido;—y aun es poco, como os convencereis cuando sepais cómo me llamo. Pero no habeis venido aquí para demostrarme vuestra gratitud. Os he llamado en nombre de una mujer enferma, moribunda, que desea antes de espirar haceros una revelación. Venid, venid conmigo.

—Antes vuestro nombre.

—Si me ofreceis el perdón en nombre de vuestro padre, os lo diré.

—Yo os perdono en su nombre.

—Y yo también, cualquiera que sea vuestra fal-

ta,—dijo el otro embozado, que era Bartolomé Colón.
 —Pues bien: mi nombre es Américo Vespucio.
 Venid ahora á ver á vuestra hermana Isabel, á des-
 peditos para siempre de su salvadora.



CRISTÓBAL COLÓN.—No os valeis.—dijo don Fernando